

N O T A S

HOMENAJE A NUESTRO DECANO

A raíz de haberle sido otorgado, por el Senado Académico de la Universidad de Leipzig, el título de doctor honoris causa en filosofía, fué ofrecido por sus alumnos al Dr. Alberini un banquete de homenaje, en cuyo acto se le hizo entrega de un pergamino recordatorio.

El honroso nombramiento, primero con que una universidad del prestigio de la de Leipzig designa a un intelectual argentino, y cuyo motivo fué la obra del doctor Alberini, "Die Deutsche Philosophie in Argentinien", prologada por Einstein, y otros trabajos, fué una ocasión dignamente aprovechada por sus alumnos para demostrar al Dr. Alberini su simpatía y respeto. En efecto, el Dr. Alberini, primer decano ex-alumno de esta casa, no ha perdido nunca contacto con el alumnado ni con sus múltiples problemas, siendo algo así como un *pater familias* facultativo, actitud que contrasta manifiestamente con la de divinidad nórdica nebulosa y lejana que mantienen otros colegas. La elevación de nuestra Facultad, antes la cenicienta de la Universidad (usamos sus propias palabras) a la situación que ahora ocupa y a la que debiera ocupar, pues el mismo Dr. Alberini reconoce que queda mucho por hacer, es la obra de toda su vida. Así lo expresó el Dr. Angel J. Battistessa en uno de los discursos pronunciados en el acto de homenaje. Pero lo

más arduo está ya cumplido: la creación de institutos, la reforma del plan de estudios, la valorización de los títulos de la Facultad y, por último, como expresión material de todo esto, la construcción del futuro edificio. No sólo ha preocupado al Dr. Alberini el mejoramiento espiritual e interno de nuestra Facultad, sino también su valoración y difusión públicas. Para mostrar cómo la obra del Dr. Alberini es reconocida fuera de nuestra casa de estudios, y también para allegar un testimonio imparcial, reproducimos aquí dos artículos aparecidos en el diario "La Nación" con motivo del nombramiento otorgado al Dr. Alberini por la Universidad de Leipzig y en ocasión del homenaje estudiantil que festejara tal acontecimiento:

DISTINCIÓN A UN PROFESOR ARGENTINO

El Dr. Coriolano Alberini fué designado doctor honoris causa en Leipzig

El Senado Académico de la Universidad de Leipzig acaba de otorgar al profesor Coriolano Alberini el título de doctor honoris causa en filosofía. Esta designación, la primera con que un centro de estudios de tanta tradición y prestigio distingue a un destacado intelectual argentino, reviste una significación singularmente honrosa, si se atiende a lo poco común de un nombramiento de tal carácter, como a la larga y depurada tradición de cultura filosófica que aquella ilustre universidad alemana representa en el orden de las más altas especulaciones del espíritu.

A tono con las severas exigencias de la Universidad mencionada, ese nombramiento acaba de recaer en una de nuestras figuras universitarias más completas y representativas. En estas mismas columnas, Federico Enriques, el ilustre matemático italiano, no titubeó, por eso, en declarar, con referencia al doctor Alberini, que éste, "por su vasto y profundo saber, y por su espíritu penetrante, podría figurar con prestigio en cualquier universidad europea".

Múltiple y variada, dentro de la más absoluta unidad de vocación, la obra del profesor Alberini se presenta con rasgo de continuidad ininterrumpida. No obstante ser hombre aun joven, desde hace más de treinta años su actividad aparece



Dr. CORIOLANO ALBERINI

Oleo de Francisco Vidal

como definitivamente asociada a la campaña de mayor eficacia renovadora que se haya emprendido en nuestro país en contra del cientificismo dogmático y de las formas más triviales del positivismo del siglo pasado, y, por ende, en el esfuerzo, ya bien logrado, para instaurar, entre nosotros, una seria cultura filosófica. En esta campaña el doctor Alberini se ha visto favorecido, en todo momento, por su información caudalosa, por su claro y brillante talento y por sus extraordinarias dotes de expositor y de crítico. El sabio Einstein ha hecho, en términos muy elocuentes, el elogio del profesor Alberini, a quien —en el prólogo que el gran físico puso a una obra de aquél titulada “Die Deutsche Philosophie in Argentinien”— señala como hombre de singular saber e ingenio”. Tales cualidades han trascendido los límites de la cátedra, del coloquio y de su intensa acción oral, para difundirse, por otra parte, en trabajos filosóficos, publicados en revistas nacionales y extranjeras. Así pueden citarse, entre otros, además del mencionado libro: “Introducción a la Axiogenia”, “El arianismo histórico y la economía social”, “El Pragmatismo”, “El amoralismo subjetivo”, “La teoría kantiana del juicio sintético a priori”, “La pedagogía de William James”, “La Pedagogía de Ardigó”, “El problema ético en la filosofía de Bergson”, “Keyserling”, “La reforma epistemológica de Einstein”, “La filosofía en Sud América”, “La filosofía y las relaciones internacionales”, y numerosos comentarios y reseñas.

La índole de estas disciplinas no excluye en el Dr. Alberini un fuerte y atinado sentido de los recursos de orden práctico, con que la pura tarea especulativa necesita ser asistida y confirmada, sobre todo en un medio cultural todavía en proceso formativo. Largo sería enumerar sus notorias y eficaces gestiones en favor de la Facultad de Filosofía y Letras, a la que ha dado forma y espíritu propios y cuyo decanato ocupa por tercera vez. En esas funciones el Dr. Alberini ha desarrollado una gran actividad, dando amplio desenvolvimiento a la referida facultad, merced, entre otras iniciativas, a la creación de la mayoría de sus institutos de investigación científica, impulsando las gestiones para la construcción del edificio de la Facultad, así como la reforma de los planes de estudio, el carácter concreto de su enseñanza y la formación de su personal docente. Todo ello ha creado un ambiente de constante disciplina y progreso y también de expansión pública de la Facultad. Pero si lo mejor de sus preocupaciones se concentra en ese departamento del clausuro universitario, el Dr. Alberini ha actuado y sigue actuando en otros centros de cultura superior. Profesor en las universidades de Buenos Aires y La Plata, es, además, miembro de la Academia de Filosofía y Letras y Rector del Instituto Libre de Segunda Enseñanza, al que ha reorganizado totalmente. Ha sido vicerrector de la Universidad de Buenos Aires y Director de

su revista, presidente del Consejo Escolar XIX, profesor del Colegio Nacional de Buenos Aires y de escuelas normales. Colaborador de la gran Enciclopedia Italiana y oficial de la Legión de Honor, el Dr. Alberini ha llevado su actuación fuera de la Argentina, sea por medio de escritos en revistas importantes o por su directa actividad como conferenciante. Ha dictado cursos, por invitación, en las universidades de París, Harvard, Columbia, Berlín, Hamburgo y Leipzig. En esta última disertó en alemán, sobre "Herder y los románticos argentinos", y esas conferencias han sido publicadas en Alemania, con el mencionado prólogo de Einstein. El doctor Alberini ha sido, además, representante oficial de la Argentina en el Congreso Internacional de Filosofía, de Boston, y miembro del comité de su organización.

CON UNA BELLA FIESTA FUE AGASAJADO AYER EL DECANO DE FILOSOFIA Y LETRAS

CON una demostración de vastas proporciones y hondo significado cordial, celebraron ayer los alumnos de la Facultad de Filosofía y Letras la reciente designación de su decano, el profesor Coriolano Alberini, como doctor "honoris causa" en filosofía de la Universidad de Leipzig. Varios centenares de estudiantes —a quienes se habían sumado consejeros y profesores de aquella y de otras facultades— rodearon al obsequiado para expresarle a la vez su afectuosa simpatía y su admiración por la obra cultural que más allá de nuestras fronteras acaba de obtener tan alto y calificado reconocimiento.

Fiesta sobre todo estudiantil, tuvo contornos animados y careció, como había de notarlo más tarde el agasajado, empeñado él mismo en mantenerle ese tono, de todo empaque, de toda solemnidad académica.

EL BRINDIS

A los postres brindó la demostración el delegado estudiantil ante el consejo directivo de la Facultad, don Juan Carlos Goyeneche, quien comenzó diciendo que la fiesta que se realizaba era a la vez un homenaje y una afirmación.

"Un homenaje —prosiguió— a quien ha sabido merecer títulos de tan alta jerarquía que no sólo le honra a él, sino

también a la Facultad que con tanto empeño dirige; afirmación de solidaridad con todo aquello que en su obra ha contribuído al adelanto y al perfeccionamiento de nuestra casa de estudios”.

El orador evocó luego en breves palabras el aporte de la Universidad de Leipzig al progreso cultural de las edades, para destacar lo que el honor conferido al Dr. Alberini significaba como reconocimiento a un estudioso de nuestro país por una vieja institución cuya cátedra había ocupado el agasajado. Trazó en párrafos afectuosos la carrera universitaria del doctor Alberini —como estudiante inquieto de mejoramientos que su mente intuía, como director varias veces de la Facultad de Filosofía y Letras, como profesor escuchado y eminente de la misma casa desde hace largos años—, para exponer en seguida consideraciones generales acerca de la función de la Universidad en la vida moderna.

“La vida moderna —expresó— es un caos, una selva salvaje, una confusión. El hombre se pierde en ella y naufraga su inteligencia. Y no es en la Universidad donde puede encontrar un camino, ni siquiera un sendero, es decir, ideas claras y firmes sobre el universo, convicciones seguras sobre lo que son las cosas y el mundo. Del enciclopedismo de la escuela primaria y secundaria se pasa a la absurda especialización universitaria, creándose ese nuevo bárbaro, según Ortega y Gasset, que es el profesional, más sabio que nunca, pero también más inculto”.

Y porque a la Facultad de Filosofía y Letras —la Facultad humanista por excelencia— incumbe la misión de dar y orientar una cultura que supere la especialización sin incurrir en el enciclopedismo “dilettante”, era adecuada la oportunidad para señalar, junto con todo lo que aquel establecimiento debe al doctor Alberini, lo que falta por hacer y lo que de él cabe esperar en días próximos.

“De tiempo en tiempo —agregó el señor Goyeneche— hay climas propicios para acometer las grandes empresas y creo que este de hoy, que se ha creado alrededor de esta mesa en la cual se han reunido la amistad y la justicia, está cargado de esperanzas.

“El Dr. Alberini, que ha luchado con tanto empeño contra el “dilettantismo” positivista y cientifista, comprende, no lo dudo, nuestros anhelos y sabe que ha de contar en nosotros con decididos colaboradores.

“Por eso estamos seguros —concluyó— de que le ha de ser particularmente satisfactorio vernos reunidos aquí para celebrar la otorgación de un título no cotizabile materialmente, pero que honra a quien lo recibe y consagra toda una vida”.

Las últimas palabras del Sr. Goyeneche fueron largamente aplaudidas y en seguida hablaron los señores Francisco Gil Esquerdo, por el Colegio de Graduados en Filosofía y Le-

tras, y Francisco Chelía, en nombre de los amigos del Dr. Alberini, quien se dispuso a contestar en seguida y lo hizo improvisando en un tono de conversación animada y cordial.

RESPUESTA DEL OBSEQUIADO

Los aplausos que con frecuencia habrían de interrumpirle, saludaron ya sus palabras iniciales, desde las que definió el sentido juvenil, amable de la fiesta, su alejamiento de toda gravedad, manifestando que por eso mismo era la única demostración que había querido aceptar en ocasión de un título que debía, sin duda, entusiasmar a sus jóvenes oyentes "porque era un doctorado que se obtenía sin exámenes, aunque pudiera en el fondo llegar a decepcionarles pensando que era casi tan inútil —en valores cotizables— como el que brinda la Facultad de Filosofía y Letras".

"Acepté sin vacilar esta fiesta de hoy —continuó— porque me es siempre grato estar entre los alumnos, ya que ese es mi mundo natural, y porque debía ser, como lo es, una fiesta juvenil, sin gravedad, sin esa gravedad que me impone el cargo y que yo violo con frecuencia".

Una cita oportuna de La Rochefoucauld —concesión, dijo, a esa seriedad que quería ausente— le sirvió de transición para desarrollar, con buen humor, la tesis de que la historia sólo interesa cuando se funda en el anacronismo y, con ello, desembocar en la afirmación, largamente celebrada, de que todos los presentes pertenecían "a la misma generación, la de los alumnos, o más bien la de las alumnas, o acaso a aquella a que las alumnas dicen pertenecer"...

Definió en seguida el criterio que presidió siempre su actuación universitaria, como profesor y como decano, expresando que había mantenido el concepto de la disciplina y de la jerarquía, no a base de distanciamiento y de hosquedad, sino, por el contrario, mezclándose con los alumnos, de tal suerte que esa interpenetración, esa comprensión recíproca de estudiantes y autoridades, había sido la base real del progreso alcanzado por la Facultad de Filosofía y Letras.

"La reforma universitaria —añadió— trajo consigo en otras partes el envilecimiento de profesores y alumnos, el mezquino y deleznable trasplante de las pasiones de la calle al ambiente del aula. En Filosofía, no; allí se practicó la reforma en lo que tenía de saludable movimiento de renovación de los métodos directivos y docentes, y así depurada de pasiones se la puso al servicio del engrandecimiento nacional y de la cultura. Esa acción ha conducido a lo que es hoy evidente: la Facultad afirmó su personalidad, conquistó su autonomía, se tradujo en un

espíritu a pesar del medio hostil que la rodeaba, dejó de ser la Cenicienta de que hablaba en una vieja memoria un ex-decano prestigioso, el Dr. José Nicolás Matienzo”.

El Dr. Alberini declaró que, con satisfacción, podía expresar que había contribuída a esa evolución y, con orgullo, se sentía solidario de la tarea inmensa que había costado llevarla a feliz término, en un ambiente oficial y universitario que miraba con escepticismo los valores espirituales que se agrupan bajo el clásico nombre de humanidades. Esta acción se vincula, sin duda, con la lucha emprendida a principios de este siglo contra el positivismo, y en la que el obsequiado de ayer tuvo función principalísima.

“Lo que en él combatíamos, sobre todo —precisó en el curso de su improvisación el Dr. Alberini—, era una forma mental que juzgábamos inadecuada para un país que desde hacía menos de un siglo había dejado de ser colonia y que carecía de toda tradición filosófica, cultural. Francia y Alemania, con su sólida cultura de siglos, podían soportar el positivismo sin grave inquietud, porque eran capaces de “digerirlo”. Aquí el positivismo intensificó los orgánicos defectos de nuestra mentalidad. Sobre todo el positivismo de los epígonos, ya que jamás enseñamos que Comte, Spencer o Stuart Mill no significasen nada en la evolución del pensamiento contemporáneo”.

Así, alternando pensamientos de maestro con frases espirituales pero profundas, mantuvo el Dr. Alberini constantemente tensa la atención de su auditorio, que le interrumpía con frecuencia para celebrar una alusión o aplaudir una fórmula gráfica y expresiva.

Varias anécdotas —detrás de las cuales aparecían transparentes, los protagonistas— le permitieron definir el estado de hostilidad contra el cual reaccionó hace años, para triunfar en los días de hoy, la generación del obsequiado; casos de vigorosa y fornida incomprensión puntualizó el orador, que contrastaban con otro que iba a referir una vez más y que había escuchado de labios de D. Rafael Obligado.

“Corrían —dijo— los días de la segunda presidencia de Roca. El movimiento hostil se intensificaba contra una facultad cara y que no habilitaba para una inmediata labor profesional, ya que la docencia secundaria prefería mantenerse como recurso para premiar servicios políticos y atender compromisos personales. Habíase concretado la idea de suprimir la facultad y habíase trabajado con paciente esfuerzo el espíritu del presidente. Pero Roca recordó, sin duda alguna, en la hora decisiva, la significación de Mitre en la obra cultural de la República, su valor como humanista y su gravitación como varón consular. Fió, pues, la solución definitiva al gran polígrafo, y recogió de sus

labios la frase salvadora: "Suprimir la Facultad de Filosofía y Letras sería un baldón para la cultura nacional".

"Así se evitó la supresión de la Facultad en un momento difícil para la misma. Por eso —agregó el Dr. Alberini— está en el salón del decanato el retrato de Mitre, porque, como si no nos bastara para haberlo llevado allí su gloria de prócer y su labor de humanista, teníamos, además, para con él este altísimo deber de gratitud, que no es sólo gratitud nuestra, sino gratitud de la cultura argentina".

Después de otros conceptos encaminados a demostrar que todo, en la vida pasada y en el presente de la Facultad, debe llevarla a una existencia serena, alejada de la aventura y del estrépito, expresó que le era agradable haber podido aprovechar la concesión del título honorario de Leipzig para reflexionar en voz alta y sin solemnidad ante sus alumnos, sobre todo ante los más jóvenes, y que, por serlo, no conocieron los días de prueba de la faena común. Señaló que ese agrado era lógico y natural en quien se había consagrado con plenitud a la tarea docente, en quien era por sobre todas las cosas profesor. "Profesor y nada más que profesor —recalcó—, en un país en que es poca cosa ser profesor, lo cual, si bien se mira, es motivo para empuñarse en serlo, porque ello prueba que hay mucho que enseñar".

El Dr. Alberini terminó brindando por los consejeros, profesores, alumnos y ex alumnos de la Facultad, colaboradores inapreciables a quienes quería agradecer cordialmente, tanto como la fiesta de ayer, el estímulo de su apoyo en la acción empeñosa que demandaba el gobierno de aquella casa de estudios.

Una prolongada ovación acogió las últimas palabras del obsequiado, hablando, finalmente, a pedido de los presentes, el ex-alumno y actual profesor de la Facultad, Dr. Angel J. Battistessa.